

El célebre Montesquieu, que goza fama de ser humano, dice que es justo entrar a hierro y fuego en los pueblos circunvecinos por temor de que nos perjudiquen los buenos negocios que realizan. Si éste es el espíritu de las leyes, éste es también el de los Borgias y de Maquiavelo. Si por desgracia dice la verdad, debemos combatirla aunque la prueben los hechos. He aquí lo que dice Montesquieu:

«Entre las sociedades, el derecho de defensa natural entraña a veces la necesidad del ataque cuando un pueblo ve que una paz larga pondría a otro pueblo en estado de destruirlo, y cuando comprende que el ataque es en aquel momento el único medio de impedir su destrucción.»

¿Cómo el ataque en plena paz puede ser el único medio de evitar esa destrucción? Para ello sería preciso estar seguro de que el pueblo vecino os destruiría si llegara a ser poderoso. Para estar seguro, debíais ver que ya tenía a punto los preparativos de vuestra destrucción, y en este caso es él quien empieza la guerra: vuestra suposición es falsa y contradictoria. Es una guerra evidentemente injusta la que proponéis, porque es matar a vuestro prójimo por temor de que éste llegue a estar en situación de atacaros; es decir, que debéis aventuraros a arruinar vuestro país con la esperanza de arruinar sin motivo el país de otro, y este proceder no es honrado ni útil, porque sabéis bien que nunca se está seguro del éxito.

Si vuestro vecino llega a ser demasiado poderoso durante la paz, ¿quién os impide serlo tanto como él? Si él contrajo alianzas, vosotros podéis contraerlas también. Si tiene pocos religiosos, en cambio tiene muchos manufactureros y soldados. Imitad su buen ejemplo. Si instruye mejor a sus marinos, instruid mejor a los vuestros; todo esto es muy justo. Pero exponer al pueblo a la más horrible miseria con la idea, tan quimérica a menudo, de destruir a vuestro querido hermano el serenísimo príncipe vecino vuestro, semejante consejo no es digno del presidente honorario de una compañía pacífica.

GUSTO. Ese sentido, ese don de discernir los sabores de los alimentos, ha originado en todas las lenguas conocidas la metáfora que expresa con el mismo vocablo, gusto, el conocimiento de las bellezas artísticas. Es un discernimiento rápido como el paladar, y al igual que éste proviene de la reflexión. Es, como aquél, sensible y voluptuoso respecto a lo bueno, y como él rechaza lo malo. Muchas veces un gusto y otro están indecisos, y al no saber con exactitud lo que se les presenta que debe agradarles, necesita a veces para comprenderlo acostumbrarse a ello. No se satisface el gusto con ver y comprender la belleza de una obra; necesita sentirla y que le agrade. Tampoco debe escapar a la rapidez del discernimiento, y éste es otro parecido que tiene el gusto intelectual con el gusto sensual. El gourmet aprecia y reconoce en seguida la mezcla de dos licores; el hombre de buen gusto literario comprende al primer golpe de vista la mezcla de dos estilos. Así como el mal gusto físico consiste en agrandar con condumios demasiado picantes, el mal gusto en las artes consiste en que entusiasmen los adornos recargados y en no comprender el mérito de lo natural.

El gusto depravado en los alimentos estriba en preferir aquellos que disgustan a los demás hombres, y es una especie de enfermedad. El gusto depravado en las artes reside en enamorarse de asuntos que rechazan las personas ilustradas, en preferir lo grotesco a lo noble, lo afectado a lo sencillo y natural, y es una enfermedad del espíritu. El buen gusto en las artes puede reformarse mucho mejor que el gusto sensual, pero el gusto intelectual

exige más tiempo para formarse. El joven que, aun siendo sensible, carezca de conocimientos, no podrá distinguir las partes de un gran coro de música, ni verá en un cuadro las gradaciones, el claroscuro la perspectiva, la armonía de los colores, ni la corrección del dibujo. Pero poco a poco, sus oídos aprenden a oír y sus ojos a ver, y llegará a conmoverse cuando presencie la representación de una hermosa tragedia, mas no alcanzará a comprender el mérito de las unidades, ni el arte delicado con que algún personaje no entra ni sale en escena sin motivo, ni otras muchas dificultades que se han de vencer para triunfar en el teatro. Sólo la costumbre de ver y reflexionar acerca de lo que ve conseguirá que con el paso del tiempo llegue a comprender todo lo que acabamos de enunciar. El gusto se forma insensiblemente en una nación que carecía de él porque poco a poco va comprendiendo el espíritu de los buenos artistas. Francia se acostumbró a ver los cuadros con los ojos de Le Brun, de Poussin, de Le Sueur...

Dícese que cada uno tiene su gusto, y es cierto cuando se trata del gusto sensual, de la preferencia que damos a ciertos alimentos que a los demás causan repugnancia, lo cual es incontrovertible porque no se puede corregir un defecto de los órganos. Pero no sucede lo mismo cuando se trata del gusto en las artes; como éstas contienen bellezas reales, hay un buen gusto que las comprende y un mal gusto que las desconoce. Este defecto del espíritu suele corregirse. Existen también hombres fríos y negados incapaces de conmoverse, ni de desentumecer su inteligencia. Con ellos no debemos discutir en materia de gusto, porque carecen de él.

El gusto perspicaz consiste generalmente en la percepción rápida de una belleza entre muchos defectos, y de un defecto entre muchas bellezas. El verdadero gourmet discierne en seguida el vino que se compone de dos mezclas y conoce el ingrediente que domina en un plato, al paso que los demás invitados apenas si se dan cuenta de nada.

No nos equivocamos cuando decimos que es una verdadera desgracia estar dotados de gusto exquisito, porque a quienes esto ocurre les contrarían demasiado los defectos y son casi insensibles a las bellezas. Existen, por el contrario, muchos placeres para las personas de buen gusto, porque ven, oyen y sienten las bellezas que escapan a los hombres constituidos menos sensiblemente o menos receptivos. El melómano, el aficionado a la pintura, a la arquitectura, a la poesía, a la numismática, etc., experimenta sensaciones que el común de los mortales ni siquiera sospecha; incluso el placer de descubrir una falta le halaga y le hace sentir con más intensidad las bellezas. El hombre de buen gusto tiene ojos, oídos y tacto diferentes que el hombre zafio. Le desagradan los cuadros mezquinos de Rafael, pero admira la excelsitud de su dibujo; descubre con satisfacción que los hijos de Laocoonte son desproporcionados comparándolos con la estatua del padre, pero el conjunto del grupo escultórico le hace estremecer, mientras otros espectadores lo contemplan tan tranquilos.

H

HÁBIL, HABILIDAD. Hábil es un adjetivo que, como todos, tiene varias acepciones según su uso. Deriva de la voz latina *habilis*, y no como asevera Pezron del vocablo celta *hábil*. Pero de las palabras importa más saber la significación que su origen.

En general, hábil significa más que capaz, más que instruido, ya se refiera a un artista, un jefe militar, un sabio o un magistrado. Puede un hombre haber leído todo lo escrito sobre la